

La destrucción del Cauto

E u d e l C e p e r o

EL 9 DE MAYO DE 1895 JOSÉ MARTÍ ATRAVESÓ EL RÍO Cauto, el más extenso de Cuba. La impresión que le causó el encuentro con sus entonces prístinos bosques de ribera le llevó a escribir una extensa referencia en su posterior diario de campaña: «Lo cruzamos, por cerca de una ceiba y, luego del saludo a una familia mambí, muy gozosa de vernos, entramos al bosque claro, de sol dulce, de arbolado ligero, de hoja acuosa... Todo es festón y hojeo, y por entre los claros, a la derecha, se ve el verde del limpio, a la otra margen, abrigado y espeso. Veo allí el ateje, de copa alta y menuda, de parásita y curujeyes, el cagueirán, «el palo más fuerte de Cuba», el grueso júcaro, el almácigo, de piel de seda, la jagua de hoja ancha, la preñada güira, el jigüe duro, de negro corazón para bastones, y cáscara de curtir, el jubabán, de fronda leve, cuyas hojas capa a capa, «vuelven raso el tabaco», la caoba, de corteza brusca, la quiebra hacha de tronco estriado, y abierto en ramos recios, cerca de las raíces (el caimitillo y el cupey y la pica pica) y la llamagua que estanca la sangre».

Mucho ha cambiado desde entonces el entorno que conoció el apóstol. La realidad actual de los 343 kilómetros de largo y de los 9.540 kilómetros cuadrados que drena el río Cauto, en el oriente de la Isla, es realmente deprimente. Aguas fuertemente contaminadas y salinizadas, riberas deforestadas, suelos erosionados y extensos páramos salinos, develan un paisaje en estado crítico que colapsa.

El mayor río del archipiélago es envenenado por 652 focos contaminantes que irradian sus cargas desde las provincias Santiago de Cuba, Holguín y Las Tunas. El índice de evaporación promedio (1.951 mm) de la cuenca es superior al de precipitación (1.190 mm), lo cual se debe en buena parte a la deforestación.

Esto último aceleró la erosión de riberas en una región que tiene el 36% de sus tierras consideradas como muy fuerte y fuertemente erosionadas, donde incluso es posible

observar cárcavas gigantes con más de 30 metros de profundidad y espectaculares deslizamientos de tierra en las márgenes del río.

Desde la desembocadura del Cauto hacia adentro, hasta 62 kilómetros, las aguas están salinizadas. Un ejemplo tragicómico es Cabezada, poblado que desde 1985 sólo recibe el agua potable mediante una patana, a pesar de estar ubicado en la orilla de la mayor corriente de agua dulce del país. Para colmo, en su curso final, el río corre al revés, pues el gasto natural debe ser de cinco metros cúbicos por segundo, y dado el represamiento es solo de dos.

El conocimiento público de la situación ambiental en esa corriente fluvial ha causado un fuerte impacto en la opinión nacional, por ser uno de los elementos naturales más conocidos del país. El estado en que se encuentra ha sido el motivo de que se le nombre popularmente como «el excusado de Oriente».

Algunos remontan las causas de tanta destrucción a la llegada de Colón, pero los testimonios de personas que aún viven en las orillas del Cauto confirman que hace 40 ó 50 años la situación era bien diferente, como demuestran estas declaraciones de Floridano Piña Arévalo, publicadas en la prensa oficial:

«Había todo tipo de árboles: júcaro, caoba, dagame, algarrobo. Esto era monte monte. Usted caminaba por debajo del monte. Y llovía bastante, y ahora no llueve, y debe ser por la falta de arbustos... Aquí la gente pescaba la liza, el ronco, el robalo, el sábalo y hasta el cazón. Ya casi no hay peces».

La realidad es que desde mediados de la década de los sesenta el curso inferior de la cuenca del río Cauto sirvió de polígono de pruebas a los planes para el desarrollo agrícola del país, diseñados sin tener en cuenta la dimensión ambiental.

El irracional desbroce mecanizado de extensas zonas boscosas, que fueron sustituidas por pastizales y cultivos de arroz, así como la construcción de faraónicos sistemas de riego, unidos al excesivo represamiento de la cuenca por embalses como el de Cauto-El Paso, son reconocidos entre las principales causas de la actual situación.

La tala incontrolada del bosque de galería, ubicado en las márgenes, fue otro proceso negativo acentuado en el Período Especial por la falta de combustible doméstico que, junto al libre pastoreo de reses y al asentamiento de aparceros en esas frágiles zonas, coadyuvó a completar el desastre.

En 1996 fue creado el Consejo de la Cuenca del Río Cauto, encargado de dar respuestas integrales a los problemas que inciden en ese territorio, el cual elaboró un informe titulado: *Caracterización General Ambiental de la Cuenca Hidrográfica del Río Cauto*, donde, entre otros tópicos, se considera que solo para rehabilitar los suelos afectados por salinidad se necesitan 179.500.000 pesos.

Después de cuatro años de iniciados los trabajos para rescatar la cuenca del Cauto, y a pesar de su anunciada recuperación ambiental, el 68% de los suelos se mantiene afectado por diferentes niveles de erosión, y el 38%, por salinidad. Solo se ha logrado reducir en un 6% la carga contaminante que

recibe el río, hay insuficiencias en la ejecución de las obras de drenaje así como en el mantenimiento de diques y canales, lo cual provoca una situación sumamente difícil en la desembocadura y afecta directamente al golfo de Guacanayabo. Por otra parte, los poblados de Cabezada, Júcaro, Manajuana y Guasinilla continúan recibiendo el agua potable mediante embarcaciones.

Es penoso, pero la terrible experiencia del desastre ecológico en el mayor río de Cuba al parecer no llevará a que la utilización de los recursos naturales en la Isla sea más cauto.

Dolor en los cayos

NUESTRO ARCHIPIÉLAGO ESTÁ FORMADO POR UNAS 4.195 ISLAS, CAYOS Y cayuelos que se agrupan en cuatro sub-archipiélagos, a saber: Los Canareos, De Los Colorados, Jardines de la Reina y Jardines del Rey.

Este último, con unos 400 islotes, es el más extenso. Hasta fines de los ochenta poseía un paisaje casi prístino, con formaciones vegetales de manglar en sus diferentes variables florísticas, matorral y bosque siempre verde. En éste se concentraban las mayores poblaciones de la fauna terrestre, con unas 1.249 especies de las cuales el 20% se consideran únicas de la cayería. Mención especial merecen los recursos marinos: lagunas interiores y playas protegidas por extensos sistemas de dunas fósiles.

Pero el 23 de marzo de 1987, a las tres de la tarde, una brigada elite de construcción del Gobierno comenzó a lanzar piedras en la costa norte de Ciego de Ávila para cimentar una carretera sobre los bajos mares de la Bahía de Los Perros. Se trataba del pedraplén a Cayo Coco, construcción que dio inicio a la destrucción de los antes descritos ecosistemas.

La obra fue acelerada al máximo por el propio Fidel Castro, quien exhortó a los constructores con una frase antiecológica convertida en lema: «Aquí hay que tirar piedras y no mirar para adelante». Dieciséis meses más tarde se daba por terminado el primer pedraplén del país.

Las consecuencias no se hicieron esperar en la Bahía de Los Perros. Cortada en dos por un inmenso «dique-pedraplén», variaron la salinidad, densidad, temperatura y el oxígeno disuelto en el agua, desapareciendo el 83% de las especies marinas comerciales, lo cual eliminó prácticamente la actividad pesquera en el tradicional puerto de Punta Alegre, al registrarse en 1990 uno de los más bajos niveles de captura de su historia, con 854, 8 toneladas.

Algo similar pasó con los manglares. De las aproximadamente 10.000 hectáreas, solo el 47% sobrevivió, mientras que el 95% del mangle rojo murió, al tiempo que se reducían en más de un 60% las zonas propicias para el hábitat del flamenco y la corúa.

La magnitud del desastre obligó a la publicación de algunas referencias en la prensa y a la confirmación oficial por parte de la Ministra de Medio Ambiente,

Rosa Elena Simeón: «Nunca negamos el impacto del pedraplén, como tampoco afirmamos que alguien vaya a morir sano». Además, se comenzó a tratar de paliar la situación poniendo alcantarillas que los peces no cruzan, según constataron más tarde, así como construyendo puentes que no logran el intercambio de aguas necesario y han trastocado el sistema natural de corrientes marinas.

Con el pedraplén llegó la colonización turística a los cayos, para completar la estrategia de generar divisas con rapidez y lograr el milagro de la recuperación económica a costa del patrimonio natural de la nación.

La destrucción se lleva a cabo a pesar de que el Gobierno conoce las recomendaciones hechas para gestionar la cayería norte por un grupo de especialistas cubanos bajo la asesoría del consultor de la ONU James Dobbin, a saber: la altura de las edificaciones no sobrepasará las dos plantas, no se podrán realizar movimientos de tierra que modifiquen el relieve, no se permitirá el relleno de lagunas o la construcción sobre el manglar, solo será talada la vegetación estrictamente necesaria, etc.

Una valoración ambiental de los proyectos construidos en el sub-archipiélago confirma que se obvió la opinión del señor Dobbin: desbroce indiscriminado de la vegetación, empleo excesivo de movimientos de tierra, terraceo, terraplenado y rellenos, insistencia en la destrucción de lagunas costeras y primera línea de playas, tipología urbana de las construcciones contemplado estructuras grandes y pesadas no acordes con zonas costeras, etc.

Algo inverosímil es la explotación de canteras y préstamos en los cayos Coco, Guillermo y Romano, generando profundos cambios en esos bellos paisajes, ahora con unas 428,4 hectáreas de huecos que solo sirven para soluciones salomónicas como la que explica la ministra Simeón refiriéndose al aeropuerto de Cayo Coco: «Donde el Instituto de Aeronáutica Civil quería levantarlo no se podía hacer, era un área de aves migratorias, de especies endémicas, y de circulación de agua. Los especialistas defendieron la conveniencia de moverlo hacia otra zona, donde hubo una cantera en uso y el ecosistema estaba alterado». Por cierto, el aeródromo se construyó sin los permisos ambientales que exige la legislación ambiental cubana.

Para colmo, los efectos de esas acciones comienzan a reflejarse precisamente en la playa. Recientes valoraciones indican que la franja de arena en el sector conocido como El Peñón, en cayo Coco, ha disminuido con relación a 1984.

La colonización turística del litoral norte parece estar completándose con la terminación de las primeras obras en 11 islotes vírgenes ubicados frente a las costas de Villa Clara. El nuevo «polo Turístico» se llama La Rosa Blanca de los Jardines del Rey, y contempla la explotación de unos 1.200 alojamientos en cuatro hoteles que deberán estar listos para el año 2002.

Al mismo tiempo se dan los primeros pasos organizativos para desarrollar un turismo de alto confort encaminado al buceo y las actividades náuticas en los paradisíacos ecosistemas del archipiélago Jardines de la Reina, impresionante y delicado entorno ubicado al sureste de Cuba, formado por 66 cayos e islas donde destacan los extensos manglares y los bosques de coral negro.

Las perspectivas no son halagüeñas. Lamentablemente el Gobierno insiste en el desarrollo insostenible de la industria turística con la complicidad oportunista de inversionistas que han depredado los recursos naturales en otros países para obtener ganancias a corto plazo.

Entre los argumentos que comenzaron a reiterar los sistemas de propaganda del Gobierno cubano, a tenor con la campaña que promovieron por la celebración del Día Mundial del Medio Ambiente en La Habana, se encontró el avanzado pensamiento ambiental de la «revolución» en materia de ecología.

Baste traer a contexto las recientes palabras de la ministra de Medio Ambiente en la televisión nacional como pequeño botón de muestra: «La medular intervención de Fidel en la Cumbre de Río/92 sentó precedentes históricos acerca del tema del desarrollo sostenible».

Sin embargo, tanto los argumentos teóricos como el accionar ambiental del castrismo durante más de cuarenta años se apartan diametralmente de los cánones de la ecofilosofía o ecomoral que promueve la ética de la protección y el mantenimiento de la naturaleza.

En fecha tan temprana como el 21 de mayo de 1963, Castro hacía pública su ecofilosofía en la Universidad Lomonosov: «cuando se haya construido el comunismo habrá desaparecido la etapa de las revoluciones sociales, pero entonces quedará una inmensa, grande, infinita revolución que hacer, y es la revolución contra las fuerzas de la naturaleza». Cinco años más tarde esos argumentos eran ratificados, el 5 de julio, en la inauguración de una represa: «la naturaleza sigue sus leyes físicas o biológicas, no sigue las leyes de la voluntad del hombre. El hombre debe luchar con la naturaleza para imponerle su voluntad, para imponerle sus leyes».

Lamentablemente, esas ideas no quedaron en la improvisación del ejercicio oral. Ya en febrero de 1968 la Academia de Ciencia de Cuba las tenía incorporadas en sus directrices de investigación y desarrollo, como lo demuestra el capítulo octavo de las mismas: «El Instituto de Geografía, al mismo tiempo que debe comenzar el plan para el inventario y estudio nacional de los recursos naturales, debe proponerse hacer realidad el concepto de la geografía como ciencia de la transformación de la naturaleza, la que convierte los mares en tierra, las ensenadas en reservorios de agua dulce, las zonas secas en húmedas...».

Lo peor es que bajo estas ideas de conquista y sometimiento del entorno, un año antes se había iniciado una de las páginas más tristes de la historia forestal de Cuba, cuando una brigada de unos 500 buldózer y equipos de estera comenzaron a desmontar prístinos bosques de maderas preciosas en la cuenca del río Cauto, enaltecidos por las siguientes palabras de Fidel Castro: «Adelante compañeros, sin que nadie ni nada los pueda detener, sin que haya tarea dura, sin que haya obstáculo difícil. Lleguen hasta Isla de Pinos y Pinar del Río...».

Otra «guerra sin cuartel» fue librada para represar todos los ríos de la Isla bajo el programa titulado Voluntad Hidráulica, cuyo lema «ni una gota de agua al mar» no deja lugar a dudas. Este proyecto propició la edificación de

centenares de presas y miles de embalses que han hecho desaparecer cientos de ríos, e incluso contempló la construcción de partes del llamado Canal Cuba de Circunvalación, el cual se concibió como una barrera para impedir la desembocadura de las corrientes en la costa.

Una idea realmente demencial fue «El Futuro Lago de Nipe». Según el libro *Geografía de Cuba* de Antonio Núñez Jiménez: «El comandante Fidel Castro ha expresado la idea de cerrar esta bahía, e impedir la entrada de agua de mar, para transformarla en una gigantesca cuenca interior que regule el escurrimiento de los ríos que allí desembocan, desalinizando así mismo el volumen acumulado en ella, para utilizar esas aguas en el riego de los ricos campos circundantes...». Baste agregar que la bahía de Nipe es un accidente geográfico destacado al ser una de las mayores ensenadas del mundo y, por suerte, aunque contaminada, se mantiene como tal.

Y para los que quieran hablar de un cambio o rectificación ecofilosófica, vale recordar que desde finales de los ochenta se lleva a cabo la colonización turística de la cayería norte de Cuba. Y en las faraónicas e insostenibles carreteras construidas sobre los bajos mares de esos frágiles ecosistemas, nombradas pedraplenes, Castro encontró otro reto para dominar la naturaleza al exclamar: «Aquí hay que tirar piedras y no mirar para adelante», generando un impacto ambiental aún no valorado en toda su magnitud.

Todo lo anterior coincide con la llamada ecomoral neolítica de la nueva edad de piedra ambiental, caracterizada por la ideología de la conquista de la naturaleza; sostenida en el pensamiento y el esquema desarrollista del régimen cubano, empeñado en lograr resultados económicos inmediatos, utilizando un diseño militar de producción sin importar el costo social o ecológico a largo plazo.

La mejor caracterización de lo que ocurre en Cuba está en los argumentos del científico ruso Alexéi Yáblokov: «Cualesquiera que sean los motivos que justifiquen el aventurerismo ecológico, éste se torna extraordinariamente peligroso para la sociedad y para la civilización en su conjunto. El aventurerismo que demuestran los hombres con conocimientos ecológicos (o que tienen la posibilidad de recibir asesoramiento ecológico) significa sólo una cosa: inmoralidad».